

para la Virgen... Al arrojar el cadáver en la mesa, la cabeza se dobló sobre los hombros, y los pechos, que eran piltrafas, se tambalearon como dos grandes vejigas á las que faltara de pronto el aire.

¡Pobre Pitusa! Estaba tan desfigurada, que no la hubiera conocido la madre que la parió, á no ser porque su boca tenía aún una contracción que la había hecho popular entre los hombres, un espasmo elocuente de la voluptuosidad.

Los estudiantes se preparaban á despedazar el cadáver, cuando uno de ellos se abalanzó el primero al corazón. Con mano práctica quitó el timo y el tejido celular, separó las hojas del mediastino é hizo una incisión crucial en la parte anterior, mientras exclamaba riendo :

— ¡Veamos esa fibra del sentimiento que dicen que existe en esta región!

Era el estudiante, que disecaba el amor con el escalpelo del cirujano.

¡Á VIVIR! ¡Á VIVIR!

— ¡Ah, señor!... ¡Si usted la hubiera visto!... ¡Si usted hubiera conocido á nuestra pobre Alice!... Se ganó por guapa un premio y por virtuosa otro... Todavía nos parece verla, en la aldea, debajo de una alegre parra, cuyas verdes hojas eran el marco de su ventana... La enviamos á París sana y honrada, y el Sena nos la devuelve muerta y prostituída...

Lloraron en silencio largo rato : lágrimas frías que rodaban por el apergaminado semblante de los viejos, como gotas de lluvia por el pedregoso surco de un río seco.

*
* *

Al llegar á la estación, dije al cochero :

— Lléveme usted á la Morgue.

Y como los cocheros de París no echan discursos, ni emiten observaciones, ni se admiran de nada, sacudió en seguida la fusta y llevóme en volandas por entre árboles de pomposos ramajes sobre los que brillaba temblando una rociada del verano.

La Morgue estaba allí, tan tranquila, con su corazón de muerta en el centro de un organismo vivo, como si no pasaran años ni cadáveres por su antesala, que es, en la dorada superficie de París, lo que una peca en la cara de una mujer bonita.

*
* *

... Debió ser muy linda. Sus ojos rasgados conservaban aún, á través del vidrio de la muerte, el primitivo color que tuvieron : azul del Mediterráneo cuando está en calma.

Había algo de santidad en aquella pálida fisonomía que se despidió de la vida sin hacer una mueca, con resignación de mártir tranquila y sonriente. Del chorro de agua que caía sobre el lecho mortuorio rodaba una gota por la frente de la pobre niña, jugando con un rizo de sus cabellos, que se alargaba á ratos para enroscarse en seguida como si lo acariciara la mano de un hombre enamorado.

Era un dolor aquella muchacha. Yo quería un dato acerca de su voluntario destierro del mundo de los vivos. Me acerqué á un guardia muy gordo...

— Se la encontró, me dijo, en un ribazo del Sena. *Es una tonta.* ¡Buena gana de matarse en la época de los espárragos y las setas!...

Y luego, desdoblando un periódico y leyendo con entonación de fiscal de audiencia :

— Vea usted lo que dejó escrito á su amante : « Esta sombra negra que me envuelve y absorbe hasta que consiga taparme á tus ojos, ha podido exasperarte, ¡á ti también!... *Véte y no vuelvas;* me lo has dicho, no lo niegues... ¡Quién sabe si mañana, cuando me haya ido para siempre, me echarás de menos, aunque no sea más que como madre de tu hijo! »

*
* *

Recordé las lágrimas de los viejos, el premio de la belleza y de la virtud, las hojas verdes de la parra... Y sin poder evitarlo, porque los recuerdos se suceden en el alma como las olas en el mar, pensé en las muertas que llevamos todos en la ignorada Morgue del corazón...

Pero París despertaba. Una multitud bulliciosa invadía las calles, los carruajes, los ómnibus. Pasó

como un relámpago un *four-in-hand* con una bandada de muchachas entre rosas y claveles. Pasó también, con el corsé en la mano, una linda rubia que iba cantando :

Tiens! voilà Mathieu.
Comment vas-tu, ma vieille?
Tiens! voilà Mathieu.
Comment vas-tu, mon vieux?

Y del seno de la tierra, cubierto de flores, como del seno de las mujeres, saturado de aromas, se exhalaba un olor á juventud y un cántico sin palabras, algo así como misteriosa voz de una naturaleza que resucitaba, exclamando : ¡Á vivir! ¡Á vivir!...

EL AVISPERO

I

Sí... doña Angustias Ramírez, viuda de Roldán, era excelente persona : honrada á macha martillo, buena sobre todas las cosas, inteligente y culta. Con todas estas cualidades nada comunes, y mimada además en vida de su esposo, doña Angustias no era feliz. Bien al contrario : sus infortunios eran tantos y tan crudos, que le daban derecho á clasificarse en el número de los ejemplares de la humana especie destinados á servir de *anima vili* al escalpelo del cruel cirujano que se llama DESGRACIA.

Doña Angustias fué antaño mártir de sí misma, y luego lo fué de su familia y de sí misma también; porque doña Angustias era, ante todo y sobre todo, un caso patológico, un caso de enfermedad, *un caso* en fin. Producto de la *hysteria*